

El conocimiento de las empresas y de la sociedad a partir de una sensibilidad literaria*

Fernando Cruz Kronfly

* Ponencia presentada en el Coloquio Internacional El "Oficio" de dirigente: su pasado, su presente y su futuro. Montreal, Junio de 1992.

No es por supuesto fácil precisar el alcance de lo que podría denominarse "sensibilidad literaria". En principio, se supone que todo artista acostumbra enfrentar su relación con el mundo a partir de una así llamada sensibilidad especial. Esta especificidad podría quizás comenzar a delinearse por oposición a la también así denominada sensibilidad convencional. Dicho de otro modo, la sensibilidad del escritor sería diferente en cuanto por ella se distanciara de la sensibilidad convencional. Visto así, el escritor en cuanto artista, estaría situado en el camino de un muy diferente tipo de percepción del mismo mundo de todos. Diferente en el sentido en un cierto distanciamiento del modo de ver convencional.

Los puntos de vista, lo mismo que buena parte de la sensibilidad, no son originales del sujeto. Hace mucho que la ilusión de la originalidad fue sometida a una demoledora crítica. Si la individualidad existe, si la particularidad existe como una especificidad de cada uno de nosotros en cuanto individuos, ello sólo es posible en la medida en que demos por sentado que pertenecemos a un determinado contexto cultural suprasubjetivo. Es por eso precisamente que existe lo que aquí denominamos sensibilidad "convencional" de algún modo "standard". Me estoy refiriendo a aquella codificación cultural o sistema colectivo de modos de ver y de sentir el mundo al interior de un patrón cultural ya dado capaz de definir muy buena parte de la sensibilidad que después el sujeto habrá de manifestar. No necesariamente, ni de manera determinística inexorable, aunque ciertamente una sensibilidad que se espera y que de algún modo *se exige*. No queremos sugerir con esto que la posibilidad de lo original individual esté cerrada para siempre o sea tan sólo una ilusión vacía. Por el contrario, lo maravilloso de lo "individual" se fundamenta en la posibilidad del sujeto como dramatización, como fragmento heroicamente separado del todo y de sus rituales estándares, en el sentido de un sujeto que viniendo de lo convencional, en determinadas circunstancias y por fuerza de ciertas razones decide no pertenecer ya nunca más a lo convencional. En estas dehesas es que viene a pastar el alma escindida del artista.

La sensibilidad del artista coincide en cierto modo con la sensibilidad del filósofo y del científico. Hablo de los artistas, filósofos y científicos de verdad. Ellos aparecen en escena, al parecer con mayor impacto y capacidad de ruptura, precisamente en la épocas o coyunturas históricas en que el modo convencional de sentir y de percibir el mundo han entrado en crisis. La sensibilidad del pensador o del artista es pues aquella que se encuentra en mejor disposición para percibir el deterioro de los modos convencionales de sentir o de pensar de una época. Es este el privilegiado espacio donde se hace posible la irrupción de lo heroico individual, entendido como separación o distanciamiento en lucha respecto de lo convencional, que también había en la carne y el espíritu de quien de esta manera se distancia y se separa. Esto escinde, dramatiza, fragmenta dolorosamente al sujeto, pero bien vale la pena de ser vivido, aunque se trate de un viaje sin regreso. Pues separarse de lo convencional no es sólo una operación intelectual o racional fría e higiénica. Es por el contrario una pérdida, una agónica separación o distanciamiento respecto de lo mismo, respecto de la parte de uno mismo que un día fue convencional y que habitó los códigos culturales estándares que tanta seguridad y compañía otorgaban, a lado de los más profundos afectos incluso familiares. Distanciarse de lo convencional constituye precisamente la más dramática aventura del sujeto humanizado en la ruta de su individualidad, es decir en la ruta de su distanciamiento y de su separación. Hacia la soledad, muy posiblemente. Es decir hacia la total ausencia de compañía de lo que se supone ya establecido como cierto, verdadero, legítimo; de lo que se considera validado y suficientemente probado en el espacio de una determinada cultura.

Los hombres acostumbramos por tanto officiar con pertinaz insistencia la denominada por Karl E. Schorske¹ "ceremonia de la totalidad". Compulsiva ceremonia de "unanimidad", ceremonia del "consenso". Quien no participa de estas ceremonias y de estos rituales de pertenencia y de identificación con el todo, cae por supuesto en desgracia. Las

¹ Schoorske, Karl E. *Viena Fin de Siecle. Política e Cultura*, Editora DA UNICA, S/P. Campinas, Brasil, 1989.

sociedades dominadas por el espíritu del mito o de lo sagrado en esto resultan inflexibles: eliminan física y espiritualmente a quien no participa de la ceremonia de la totalidad, históricamente revivida hoy en la muy moderna y democrática idea del "consenso", hija del mismo linaje. Quizás debamos a la cultura de la modernidad, y como un derivado de su supuesta "desacralización" el advenimiento de espacios más propicios para el estallido del todo, en cuanto hemos debido "tolerar" no solo el apareamiento de una cierta pluralidad de ceremonias incluso, aún bajo una forma mucho más radical, el apareamiento de lo heroico "individual". Aunque con una necesaria advertencia: muchos en la sociedad moderna se creen "individuos" sin serlo realmente. La sociedad moderna hizo posible, gracias a su secularización, el espacio privilegiado de lo "individual", es cierto; pero en ese mismo movimiento creó también el imaginario colectivo de lo "individual". Muchos de nosotros vivimos creyendo en nuestra supuesta autoconstrucción, cuando en realidad somos sólo unos pobres oficiantes de la ceremonia de la totalidad, estandarizados y convencionalizados de arriba a abajo, en cuerpo y alma.

La consigna del "pensar por sí mismo" es pues posible pero absolutamente dramática y difícil en extremo. Significaría no sólo estar dispuesto sino emprender de hecho el viaje hacia un real distanciamiento con lo convencional. Y no para que lo convencional deje de existir, pues lo convencional siempre será la costa de los consuelos, contra la cual vendrá a desahogarse pero también a romperse el viajero de lo individual. El artista, el científico, el filósofo, como navegantes de otras aguas, siempre vendrán a golpearse contra estas formaciones de roca, de donde de nuevo serán arrojados a lo profundo o de donde de nuevo ellos huirán, como de la peste.

La sensibilidad literaria, es, pues, en lo fundamental, una sensibilidad ciertamente próxima de la anomía y de la transgresión. Ver el mundo a partir de una sensibilidad literaria sería entonces, en resumen, verlo desde el distanciamiento de las convenciones y de los lugares comunes, tal como ocurre con el filósofo y en el científico no asimilados. Por supuesto que el objeto natural que convoca la sensibilidad del escritor jamás podría ser la empresa e incluso ni siquiera la sociedad. En realidad, la literatura se refiere más bien a lo que, a falta de un mejor nombre, se conoce como

la "condición humana". Milan Kundera² se inclina por este punto de vista: la novela es un camino hacia la exploración de la condición humana. Esto en términos generales parece cierto. A condición de que explorar la naturaleza humana signifique, precisamente, ir más allá de los modos convencionales como el hombre se percibe a sí mismo. A este respecto, la simbología que se esconde tras la imagen del espejo en el relato de Blanca Nieves, donde la Bruja viene a mirarse con tanta insistencia resulta ilustrativa: Ocurre que la bruja se ve como ella no es. Dicho de otro modo, ella se ve como desea verse. *Mutatis Mutandi*, la humanidad se comporta como la bruja del relato de Blanca Nieves: "Se complace con mirarse en los relatos que ella misma elabora, para verse precisamente como desea verse. La novela y la literatura tienen entonces de por medio un gran trabajo: explorar la condición humana hasta el punto de romper los relatos contenidos en los espejos complacientes. Ir hasta el fondo, introducir el puño hasta las últimas consecuencias en el camino de esa exploración. Es decir, la novela debe tener el valor de conducir al lector (y por supuesto y con más razón a su propio autor) a un distanciamiento radical respecto del modo convencional como nosotros, en cuanto hombres, acostumbramos vernos en los espejos.

De este modo, aunque la sensibilidad literaria no tenga como objeto de su exploración, de manera natural y directa, a las empresas o a la sociedad, de todas maneras sí se refiere principalmente a la llamada "condición humana". Desde este punto de vista, ver las empresas y las sociedades a partir de una supuesta sensibilidad literaria, significaría verlas definitivamente de otro modo: a una impresionante distancia crítica respecto de los relatos que la teoría administrativa tradicional ha elaborado, a modo de espejos complacientes, para que quienes integran la organización empresarial o social se miren y, en un mismo movimiento, se omnubilen. Pues así como la bruja del relato de Blanca Nieves se veía a sí misma como lo contrario de lo que en realidad era, gracias a un espejo supremamente complaciente, asimismo las empresas y las sociedades, o más exactamente los hombres que las componen, suelen mirarse como en realidad no son, gracias también a un espejo especialmente complaciente:

² Kundera, Milan. *El Arte de la Novela*, Tusquets Editores, Barcelona, 1987.

el relato utópico gerencial sobre su empresa.

Relato que con seguridad hace parte de la ceremonia de la totalidad o, más moderadamente, del consenso por arriba, dirigido y muchas veces prefabricado. Como bien lo sostiene François Leplantine³, la utopía, hija del deseo compulsivo de perfección, desde sus fundadores hasta nuestros días lo que deja ver en sus adeptos y en sus seguidores es la existencia de un alma triste y demasiado amiga de los uniformes. Este milenarismo deseo compulsivo de perfección, pero sobre todo sus despóticos produce utópicos, impulsan e iluminan con no poca frecuencia las representaciones gerenciales convencionales sobre las empresas y las organizaciones, del mismo modo como impulsan e iluminan los modelos de sociedad que pueblan las mentes de muchos hombres públicos. Todo lo cual tiene que ver con la realidad de la condición humana de los hombres de verdad que en ellas habitan. Utopizar la sociedad, tanto como utopizar el relato organizacional, es caer de bruces en las redes del espejo de la bruja de Blanca Nieves. La pobre brujita se veía muy tiernamente como una princesa hermosa y joven. Gracias a su espejo complaciente, ella se veía perfecta. Sin fisura alguna, sin grietas, sin nada incómodo que la rebajara a su pobre pero real condición. De manera similar, algunas sociedades y no pocas empresas, gracias a sus representaciones utópicas (léase espejos) donde ellas se miran complacientemente, digamos que utópicamente en el sentido de modelos perfectos realizables por la mano del líder, en un mundo desacralizado donde la perfección ya no es una meta privativa de los dioses sino una hechura humana, gracias a dichas representaciones, lo repito, tales sociedades y empresas terminan expulsando fuera de sí aquello que por diferente perturba la realización del modelo, lo disidente, lo que por no engranar dentro de la ceremonia la totalidad debe ser eliminado y puesto a buen recaudo, lo que no viste el uniforme, es decir aquello que no hace parte del proyecto de perfección secularizado, realizable como proyecto humano ciertamente despótico.

En ese sentido, el artista será siempre un maldito, un marginal, un disidente e incluso, un anómico. Porque se distancia brutalmente del

³ Leplantine François, *Las Tres Voces de la Imaginación Colectiva*. Editorial Gedisa, Barcelona, 1977, pág. 147.

relato utópico de la perfección humana. Para el escritor, el hombre deviene humanizado hasta las últimas consecuencias. El ser humano que el escrito construye como personaje termina siendo un ser por entero humanizado, jamás utopizado. Dicho de otro modo, explorado y expuesto en toda la complejidad de su condición, implacablemente, descarnadamente.

El discurso administrativo suele soñar compulsivamente el sueño de la perfección, tal como con tanta frecuencia lo hace también el discurso político-social. No tenemos nada contra el propósito perfeccionista, muchas veces útil a la humanidad, salvo que se trata de un propósito peligrosísimamente inclinado al despotismo. Hijas de ese deseo patológico-utópico de perfección, las fábricas y las organizaciones podrían terminar siendo, como muchas veces lo son, solo campos de concentración utópicamente consagrados a la ceremonia de la totalidad productiva. De idéntica manera a como lo fueron, más en grande y a su modo, sociedades como las que imaginó e intentó llevar a cabo, con sus métodos de perfección llevados al delirio, el Nacional Socialismo y el Stalinismo. La sensibilidad, desconfía profundamente de toda compulsión perfeccionista, tan propia del utopismo despótico.

En la medida en que las empresas y la sociedad están integradas sobre sí mismas para dirigir las al logro de un propósito e interés determinados, es preciso cohesionarlas mediante muy preciosos instrumentos de poder. En este caso, la cohesión apunta a la subordinación. Pero como toda forma de subordinación debe aparecer legitimada no sólo a los ojos del subordinado sino igualmente a los ojos del subordinantes, urge la elaboración de un relato que, en lo correspondiente, haga que aparezca legítimo el fundamento de dicha subordinación. Tanto el artista, como el filósofo y el científico mantienen una relación histórica muy tensa y conflictiva con el principio de subordinación y sus ya muy bien conocidas legitimaciones a lo largo de la historia, en cuanto se supone que este es uno de los vínculos humanos más problemáticos e incluso detestables. Dicho de otro modo, en cuanto las empresas y las sociedades operan a partir de imprescindibles pero odiados lazos de subordinación, es preciso que el fundamento de dicha subordinación aparezca legítimo; pero los artistas, los filósofos y los científicos no tragan entero el relato convencional

de dicha subordinación y se dedican a pensarlo, se distancia críticamente de él, lo problematizan muy indiscretamente. El escritor, que explora la condición humana hasta el fondo de toda su realidad, sin ponerse ninguna clase de límites, queriéndolo o no entra en conflicto con las legitimaciones convencionales de que se rodea la relación de subordinación. Ver las empresas y la sociedad desde una sensibilidad literaria sería entonces verlas, adicionalmente, como campos de concentración tendientes al logro de la perfección utópica, en los que la subordinación cualquiera que sea el método de que se valga o el fundamento de su legitimidad, se presenta como una condición ineludible pero a la vez inaceptable, dicho de otro modo una contradicción irresoluble, *ab infinitum*. La sensibilidad literaria, entendida como distanciamiento crítico respecto de las formas convencionales de percibir y sentir el mundo y la realidad, se constituye así en el punto de partida de una actitud agónica, confrontatoria, trágica.

Quienes se ocupan de la dirección de las empresas y de la sociedad generalmente se mueven dentro del denominado deseo de perfección, de filiación utópica. Imaginan su empresa o la organización a su cargo, incluso la sociedad puesta en sus manos, como algo que siempre está en punto de ser perfeccionado "*per se*" y sin límite alguno. Y este proceso de supuesto perfeccionamiento utópico-compulsivo pasa generalmente por la ceremonia de la totalidad, cualquiera que sea el método o los métodos utilizados, incluso el consensual. Todo esto orientado hacia el logro de la subordinación, cualquiera que sea su instrumental, incluidas la autosubordinación, la autoreglamentación o la determina colegiada de las metas, propósitos y fines, como a veces se estiliza. Pues el hecho de que la subordinación no derive de métodos despóticos o visiblemente autoritarios no significa que la subordinación y el fundamento de su legitimidad hayan desaparecido del corazón de la historia real de los hombres. En el fondo, este es el gran secreto de todo poder: lograr la subordinación, no importa el método. Dicho de otro modo, tener capacidad para lograr que otros hagan lo que se necesita o se desea que hagan, mediante un sistema de sumisión y obediencia cuyos fundamentos se encuentren debidamente legitimados en la cultura.

Franjas enteras de la historia de la humanidad se han consagrado ciertamente a la lucha contra las múltiples formas de subordinación y de

sus correspondientes legitimaciones. La gesta de los esclavos, la gesta de los siervos, la gesta de los obreros, como ya tanto se ha historiado. Pero también y de un modo absolutamente significativo, la gesta de las mujeres, la de las razas oprimidas, la de los niños y jóvenes, la de los pueblos sojuzgados. La sensibilidad literaria no podría por tanto permanecer ajena a los dramas humanos que se derivan de todas las formas de subordinación. Y si es cierto que toda relación humana es, de uno o de otro modo, quiérase o no, una relación de poder y de subordinación, el escritor dispone allí de un universo de dramáticas complejidades que agrupan una muy buena parte de lo que aquí denominamos la condición humana como objeto de su preocupación. La relación padres-hijos, hombre-mujer, profesor-estudiante, sacerdote-creyente, las relaciones entre las razas y los pueblos son siempre de algún modo relaciones de subordinación. Como lo son igualmente, y de qué manera, absolutamente todas las relaciones de trabajo. Para la sensibilidad literaria nada de esto puede pasar inadvertido, si entendemos la sensibilidad literaria como algo derivado de un profundo distanciamiento crítico frente a las representaciones convencionales en general, y las legitimaciones sobre las cuales descansa la exigencia de subordinación, en particular.

Desde este específico punto de vista podría entonces decirse que la humanidad ha venido desplegando su historia en un doble movimiento: luchando contra los procesos reales de subordinación, tal como ellos se presentan, y modificando los relatos ideológicos capaces de replantear el asunto, para que la subordinación que surge históricamente de nuevo bajo otras formas, se observe ahora como legítima. En Platón⁴ el concepto de naturaleza, tanto como en Aristóteles⁵ resulta imprescindible en el momento de legitimar la subordinación en el trabajo. Para San Agustín⁶, y Santo Tomás⁷, además del concepto de *naturaleza* se requiere, predominantemente, el concepto de *castigo* por el pecado cometido y la subsiguiente caída y expulsión del paraíso. Sin este relato resultaría

⁴ Platón: *La República*. Editorial Porrúa, S. A. México, 1970

⁵ Aristóteles: *La Política*. Casa Editorial Garnier Hermanos, París, 1908.

⁶ San Agustín: *La Ciudad de Dios*. Editorial Porrúa, S. A. México, 1970.

⁷ Santo Tomás de Aquino: *Del Gobierno de los Príncipes*. Editorial Lozada S. A., Buenos Aires, 1964.

impensable la legitimidad de la subordinación medieval. La sociedad burguesa ya no puede pensar la subordinación que requiere para sus procesos manufactureros y posteriormente industriales, a partir del mismo relato sagrado. Ahora tenemos a cambio el relato de la libertad y de la igualdad jurídica de los hombres ante la Ley y los sistemas constitucionales. Dicho de otro modo, ficciones jurídicas y político-ideológicas capaces de legitimar históricamente y con otro tipo de fundamento el nuevo tipo de subordinación fabrial e industrial que ha nacido de la democracia. El obrero y el trabajador, así como el empleado, ya no se perciben como subordinados por "naturaleza", ni mucho menos "por causa del pecado" sino porque así lo dispone un contrato que él ha suscrito libremente y en condiciones de igualdad jurídica en señal de aceptación voluntaria de sus condiciones. La sensibilidad literaria se ríe de esto, pues lo percibe tan sólo como una nueva forma de legitimación histórica de las relaciones de subordinación en el trabajo, aún más sutil que todas las anteriores, pues se construye ideológicamente a partir de los mismos valores de igualdad y libertad que exalta al mismo tiempo que niega. Dicho de otro modo, esta nueva forma de legitimación instaaura la obligación de la obediencia en nombre de los supremos valores modernos de igualdad y libertad. Como quien dice, se come toda la carne y bendice con los excrementos. Como era de esperarse, esa igualdad y esa libertad, en cuanto valores ideológicos llevados a la ley o a los cuerpos constitucionales como parte de la nueva sustancia, no cobijaron de inmediato a todas las razas ni a todos los pueblos, como tampoco a la mujer, a las clases sociales subordinadas, a los niños, a los estudiantes. No sería demasiado aventurado decir entonces que las principales luchas de los dos últimos siglos se han centrado alrededor de los procesos de expansión de la libertad y la igualdad, hacia el sueño de su eventual realización. Sin embargo, las ilusiones que los hombres modernos se hicieron a propósito de estos dos supremos valores, concebidos como un estado al que se podía llegar realmente algún día, resultaron insuficientemente satisfechas o incluso nada satisfechas por la nueva sociedad naciente y sus posteriores desarrollos durante el siglo xx. En efecto, razas, pueblos, segmentos enteros de mujeres y niños, obreros y trabajadores en general, masas marginales y empobrecidas permanecieron

y aún hoy permanecen de hecho por fuera del estado de libertad y de igualdad en áreas enteras de la geografía universal.

Habría que pensarse, entonces, algunas cosas. En primer lugar, si la promesa de igualdad y de libertad se quedó definitivamente vacía como algo que estaba llamado a concretarse de verdad apenas en la esfera del derecho, la política o en el mundo del valor filosófico, pero que ante este fracaso vino a volverse realidad sólo en el universo material de dinero y del consumo, espacios contemporáneos por excelencia de su concreción. Según esta hipótesis, los hombres, sobre todo en las sociedades marginales estarían orientando sus luchas en procura de sus sueños de igualdad y libertad, ya no hacia la política, el derecho y las confrontaciones ideológicas, como antes, sino más realístamente hacia la consecución del dinero, sin importar los medios, para de este modo lograr el acceso al consumo. Con lo cual podrían explicarse, en buena parte, los procesos de abstención electoral, el marginamiento y desafección por lo político, e incluso la pérdida de sentido colectivo de las ideologías. Ser libre y ser igual, en consecuencia, significaría en nuestros días acceder al dinero y poder consumir en igualdad de condiciones con otros, los mismos objetos de marca, ir a los mismos sitios, en fin, relacionarse democráticamente con un universo de objetos dadores de igualdad.

Pero, aún así, la subordinación real sobrevive intacta en las relaciones de trabajo, donde se hace mucho más notoria puesto que continúa siendo su presupuesto fundamental. Los sueños según los cuales la subordinación entre los hombres podría algún día ser abolida quizás entraron en colapso definitivo. O tal vez no, y podrían permanecer agazapados a la espera del resurgimiento, nada imposible, de nuevos relatos utópicos o mesiánicos, cuya fuente psicológica permanece viva con cada nuevo hombre que viene al mundo y que sueña de nuevo paraísos de libertad e igualdad, como otros algún día lo soñaron.

En el mundo subdesarrollado las ilusiones de libertad y de igualdad tal vez tengan todavía cierta vigencia. Estos sueños, hijos del relato moderno en sus versiones tanto burguesa como proletaria, quizás sean soñados aún y quién sabe durante cuántas décadas más. Pero se observan tendencias muy claras hacia la despolitización, desjuridización y desideologización del espacio de la libertad y la igualdad, en la medida

en que aquellos viejos contenidos al parecer debieron ser sustituidos por el dinero y el consumo, estos sí otorgadores reales de igualdad y libertad. De esta manera, podríamos estar asistiendo a un gradual y profundo proceso de aceptación de la subordinación en el trabajo. Una aceptación cínico-pragmática según la cual el subordinado percibe su situación como algo finalmente inmodificable, algo que en consecuencia debe aceptar sin oposición principista y por razones inminentemente pragmáticas, a condición de que dicha relación de subordinación no lesione su dignidad y se mantenga dentro de niveles aceptables de no ofensividad, y por supuesto sea capaz de generar un ingreso de dinero que le permita participar en la ceremonia del consumo para por fin ser libre allí, ser igual allí, *por fuera* de los límites de la empresa o del espacio social donde ocurre la relación de subordinación.

La sensibilidad literaria tiene entonces algunas cosas que decir delante del asunto de la subordinación entre los seres humanos, tal como ha quedado expresado. Y todo gracias al distanciamiento crítico respecto del modo convencional de ver el mundo. Dicho distanciamiento crítico apunta siempre a la percepción de la complejidad. La mirada simplista o complaciente sobre la realidad sería lo más opuesto a una auténtica sensibilidad estética. Para el artista, su reto no es otro que poner en evidencia, de una manera jamás ante dicha, precisamente aquello que la sensibilidad y modo de percibir convencionales no dejan ver, no dejan sentir, no dejan vivir, no dejan conocer. Quizá no bajo la forma de elaboraciones conceptuales ni mucho menos mediante la utilización de paradigmas teóricos y, por supuesto, sin el concurso del discurso demostrativo. Sería mucho mejor decir, entonces, que la sensibilidad artística recurre, no a demostrar sino a mostrar lo nunca antes mostrado, lo ocultado por la visión convencional, lo censurado por la muchas veces inconsciente pulsión utópica de perfección que, como ya se sabe, adora los uniformes y con no poca frecuencia oficia la abominable y despótica ceremonia de la totalidad sin fisuras. La sensibilidad del artista, en cuanto se interesa por la complejidad y huye del simplismo, está en capacidad de valorar el detalle, la diferencia, la grieta, la pluralidad, el conflicto, la polifonía, incluso la crisis. La sensibilidad del artista, en cuanto se distancia agónicamente de lo convencional, resulta muchas veces siendo

una sensibilidad de sufrimiento, marginalidad, incomprensión y conflicto. Así ha sido, así es, así tendrá que ser mientras existe la denominada mirada convencional, la mirada simplista, la misma que goza oficiando la abominable ceremonia de la totalidad utópica y despótica, a veces tan rentable y respecto de la cual pueda levantarse una mirada y una sensibilidad complejas. Por lo visto así será para siempre.